

Sensaciones ajenas

“Llegaron. La camioneta está abajo, debo organizarme” –pensé. Cerré el libro, estaba nerviosa. Sabía que vendrían.

En un pequeño espacio entre cortinas, alcancé a ver a tres personas uniformadas. Una de ellas portaba un arma al parecer, pesada. Escondí rápido el libro debajo de la cama, bajé, esperé oculta. Golpearon con firmeza la puerta, mientras algo gritaban. Esperaron y lo intentaron una vez más, sin éxito. Llaves operando la cerradura permitieron su acceso. Yo inmóvil, en silencio.

Uno de ellos, fumaba mientras miraba por la ventana. Los otros dos, revisaban la biblioteca. Tomaban libros y los arrojaban hacia el centro de la habitación.

–¡Lo esperaremos! –dijo quien parecía tener un cargo superior, mientras se sentaba habiendo recogido uno de los libros –¡Búsquenlo arriba, no toquen nada, solo busquen!

Subieron con rapidez, bajaron a los pocos minutos. Sentí el ruido de las puertas de la camioneta al cerrarse, la bocina y el sonido del motor alejándose. Respiré tranquila.

Subí y ya en la habitación me recosté, lloré. Busqué el libro, me senté a leerlo. Miré la tapa un largo rato, me tranquilizó. Su cara en la contratapa me inquietaba, me seducía. Lo abrí más o menos a la mitad, mi nombre se repetía. En los diálogos, en los pensamientos, siempre mi nombre.

Regresé al prólogo, era mío. No demasiado extenso, en un lenguaje simple.

Retrocedí páginas en busca de una dedicatoria inexistente. Lo cerré con fuerza. Pasé ambas manos por mi cara, como hacía siempre antes de besarlo, lo abrí una vez más. Sentí un mareo extraño e inoportuno, las letras parecían moverse, estaban borrosas.

Me puse de pie con decisión, apoyé las manos sobre la mesa. Así, me sostuvieron. A los costados del libro, mis manos. De nuevo el mareo, imágenes borrosas y movedizas.

Las manos no eran las mías. Me asusté, las levanté y giré con lentitud, las observé con detenimiento, asombrada, perpleja. Mis manos eran las de él. Las manos que amé tanto, las manos que pusieron en palabras mis ideas. Mis manos eran las suyas.

En la entrada de la casa, un regreso inesperado: la camioneta con los tres hombres insistentes en su búsqueda.

–¿Qué quieren? –pregunté con voz ronca, propia de un fumador.

–Tenemos una orden de arresto, lo acusan de asesinato.

Busqué el libro, abrí la puerta, me esposaron con las manos adelante, me subieron en la parte trasera del vehículo. Pasé el tiempo de viaje mirando mis manos que aún sostenían el libro. Mis manos que eran las de él. Estaba en su cabeza, podía tocar a través de sus manos, ver a través de sus ojos.

Al llegar, me sentaron en una celda pequeña, ya sin las esposas. Me desprendí de su cuerpo por un momento, deseaba mirarlo, tocarlo, amarlo. Lo vi encender un cigarrillo. Lo vi sentarse en un escritorio y abrir su libro en la primera página. Lo vi tomar su lapicera siempre a mano en el

Diego Martín Talmon (2019)

bolsillo de su camisa y escribir una dedicatoria. De nuevo letras borrosas y movedizas impedían su lectura. Y ya no me importó, yo estuve en su cabeza, ese es mi lugar. “Si muero alguna vez, vuelvo con vos” solía decirle. Lo llevaron a otra celda, una vacía, paredes manchadas de rojo. No quiso capucha ni confesión, le dispararon. Su cuerpo cayó pesado, sus ojos mirándome. Volví a su cabeza, ese es mi lugar. Sucedió mientras afuera, el sol ya había salido.